







ARTÍCULOS

RECIBIDO: 5 de febrero de 2025
 APROBADO: 21 de julio de 2025
 PUBLICADO: 30 de septiembre de 2025

Los estudios culturales latinoamericanos. Hacia un modelo para desarmar

 Fernando Vizcarra
fvizcarra@uabc.edu.mx
 Universidad Autónoma
 de Baja California


 Jesús Becerra Villegas
jebevi@gmail.com
 Universidad Autónoma
 de Zacatecas


RESUMEN: ¿Es posible fijar algunas coordenadas para comprender las configuraciones y directrices de los estudios culturales latinoamericanos en la actualidad? ¿En qué estado se encuentran estas perspectivas frente a otras formas de conocimiento sobre el poder y la cultura? Desde hace décadas, los estudios culturales representan una postura emergente en las ciencias sociales y las humanidades, al incursionar en los debates alrededor de los procesos de producción social del sentido, la construcción y transformación de las identidades colectivas y otras problemáticas entorno a lo simbólico. Este ensayo busca identificar algunas huellas históricas y trayectorias generales de lo que hoy llamamos estudios culturales latinoamericanos. Se propone, además, agregar algunos ejes temáticos y ciertos elementos contextuales, a manera de claves de lectura para un escenario en construcción.

PALABRAS CLAVE: Estudios culturales; Latinoamérica; campo académico.

Latin American cultural studies. Towards a model for disassembling

ABSTRACT: Is it possible to establish some coordinates to understand the configurations and guidelines of Latin American cultural studies today? What is the current state of these perspectives compared to other forms of knowledge about power and culture? For decades, cultural studies have represented an emerging position both in the social sciences and the humanities, venturing into debates around the processes of social production of meaning, the construction and transformation of collective identities and other problems regarding the symbolic. This essay aims to identify some historical traces and general trajectories of what we now call Latin American cultural studies. It also proposes to add some thematic axes and certain contextual elements, as reading keys for a scenario under construction.

KEYWORDS: Cultural studies; Latin America; Academic field.

Traducción del abstract: Fernando Vizcarra / UABC y Jesús Becerra Villegas / UAZ

CÓMO CITAR:

Vizcarra, F. y Becerra, J. (2025). Los estudios culturales latinoamericanos. Hacia un modelo para desarmar. *Culturales*, 13, e947. <https://doi.org/10.22234/recu.20251301.e947>

Introducción

La cultura como destino

Una genealogía abreviada de los estudios de la cultura en Latinoamérica nos conduce a través de dos senderos que al final se entrecruzan. Una vertiente, que además posee rasgos fundacionales, es la de los escritos dedicados a pensar los desafíos de la nación especialmente desde la cultura, a discernir las identidades y los grandes acontecimientos históricos, a comprender las manifestaciones artísticas o el devenir de los pueblos. La otra, que abordaremos más adelante, se inscribe en los límites disciplinarios y postdisciplinarios que las ciencias sociales y las humanidades construyeron a partir del siglo xx. En ella figura ya el término *estudios culturales*. Como tercer punto, delinearemos el estado del campo académico en América Latina, con atención especial al escenario mexicano, así como a aquellos rasgos que permitan postular algunas constantes para el análisis del objeto cultura.

En el primer cauce encontramos aquellos estudios que se nutren principalmente de la vasta tradición prosística del siglo xix y atraviesan los siglos venideros del continente a través de la crónica, la reseña, la biografía y el ensayo literario, que Michel de Montaigne (2011) define como prosa de reflexión, es decir, como un ejercicio libre de exploración de las ideas. Autores como Andrés Bello, Ignacio Ramírez el Nigromante, José Martí, Pedro Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui, José Vasconcelos, Antonio Caso, Ángel Rama, Jorge Luis Borges, Alfonso Reyes, Octavio Paz y Roberto Fernández Retamar, entre muchos otros, cultivaron dichas formas simbólicas entendidas no solo como herramientas de producción intelectual, sino también como objetos de creación estética: el lenguaje como vehículo de introspección y seducción. Concebidas como elaboraciones propias de la modernidad latinoamericana y cimentadas en el pensamiento clásico europeo, sus obras tuvieron diversos influjos en las letras, la filosofía y la crítica cultural tal como la conocemos en el presente. Así, por ejemplo, el americanista José Enrique Rodó (1947) discurre a propósito del destino de la identidad latinoamericana en *Ariel*, uno de sus ensayos más conocidos y editado por vez primera en 1900:

Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la *personalidad*. Pero, en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos –los americanos latinos– una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro (pp. 115-116).

A pesar de los impulsos reivindicativos y libertarios en pos de una soberanía tanto política como estilística (plasmada por ejemplo en el modernismo), predomina en la visión de estos autores la matriz cultural del viejo continente. Incluso cuando se diserta sobre los dominios de lo humano, los dilemas de la moral y sus pecados capitales, la trascendencia del arte o la grandeza del pasado indígena, el canon del pensamiento occidental queda reflejado en las invocaciones eruditas a Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare o Baudelaire. Entre los letrados de nuestro continente, el mundo de la vida se construye a partir de las utopías redentoras, pero también desde los arquetipos imperiales.

En efecto, los códigos ancestrales de la Europa aristocrática se imprimen no solo en las obras de los artistas y escritores latinoamericanos del siglo XIX, sino también en las percepciones de lo cotidiano cuando se trata, por ejemplo, de defender el honor y sus principios. Así lo muestran escritores como Ignacio Manuel Altamirano, Irineo Paz (historiador, novelista y abuelo de Octavio Paz), el dramaturgo y economista Carlos Díaz Dufoo, o los poetas Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Nájera, quienes en ocasiones no dudaron en batirse a duelo apegándose, eso sí, a los códigos franceses que entonces regían los rituales de las armas, y a la tolerancia de las autoridades siempre que la honra iba de por medio.¹

En el ensayo latinoamericano del siglo XIX se vislumbran, ciertamente, las huellas del pensamiento metropolitano que Reguillo (2004) entiende como:

[...] el enfoque y modo de construir desde los centros de poder intelectuales que estuvieron en sus orígenes en la Europa colonial y que hoy se desplazan hacia los territorios del norte de América. Yo misma considero que “lo metropolitano” alude a una mirada “blanca, eurocéntrica, masculina, heterosexual” (p. 6).

Si agregamos a esta mirada el ingrediente nacionalista, cristiano y propietario, entonces lo que prevalece en dicha intertextualidad es una percepción del mundo con dosis *supremacistas*, producida en la Europa de los grandes imperios y que a su vez se traslada desde finales del siglo XIX hacia los Estados Unidos, principalmente. Se trata de una visión civilizatoria empeñada en combatir la barbarie del mundo exterior (o lo que las viejas monarquías asumían como tal), imbuida en los nacionalismos y, a la vez, contagiada por la idea del progreso.

Esta concepción de la cultura, edificante, didáctica y patrimonialista (materializada, por ejemplo, en la Enciclopedia Británica como proyecto ideológico dominante), se objetiva en el reconocimiento de un vasto repertorio de obras, autores e instituciones (universidades, museos y otros espacios de conservación, consagración y repro-

¹Para una historia detallada véase el estudio de Escudero (1936).

ducción), así como en la validación de estéticas, pedagogías y saberes legítimos. De esta forma, Latinoamérica se erige, según la expresión de Echeverría (2018), como *una Europa fuera de Europa*. Son los años en que Vicente Riva Palacio, fiel a las políticas de la memoria de un Estado nación en ciernes, coordina el monumental *México a través de los siglos*, una enciclopedia de cinco tomos publicada en 1884 y que en su función ideológica cumple las aspiraciones de una identidad nacional de estirpe criolla, fundada en el proyecto liberal. Cualquier revisión crítica de dicha obra deberá tener en cuenta los argumentos de Echeverría (2018):

La invocación de una identidad colectiva sustancializada, responsable de grandes proezas civilizatorias y estatales, está completamente fuera de lugar en un continente cuya población, en su gran mayoría, ha vivido su historia sólo en los intersticios dejados por las grandes historias de los otros y ha afirmado su identidad cultural a la *intemperie*, atravesada por los más variados procesos de mestizaje. Ninguna de las posiciones extremas que compiten entre sí en la definición de la identidad iberoamericana deja de ser cuestionable (p. 70).

En este contexto, también se instituyen en nuestro continente, a modo de barricada, los discursos de la alteridad, la síntesis de lo diverso y la disonancia frente a las viejas y nuevas hegemonías. Pero, sobre todo, la preservación de la memoria social como espacio de identidad y resistencia.

La cultura como dimensión social

En los imbricados escenarios de la modernidad, los intelectuales latinoamericanos hacen suyas las promesas civilizatorias de la Ilustración: la ciencia, el arte y el derecho serán la brújula de la nación, concebidos como instrumentos para la conquista del futuro. A mediados del siglo XIX, Gabino Barreda, Porfirio Parra y otros hombres de ciencias y letras introducen en México el pensamiento de Saint-Simon, Auguste Comte y John Stuart Mill, padres del positivismo francés, y británico el último. Se trata de una corriente filosófica empirista y matemática que tendrá predominio tanto en las percepciones modernas del Estado y la sociedad, como en los ámbitos de construcción del conocimiento sociocientífico. El corazón del positivismo en México radica en la Escuela Nacional Preparatoria, fundada y dirigida por Gabino Barreda. No obstante, esta visión influyente tendrá su contraparte en la crítica liberal de José María Vigil, Justo Sierra y, en los albores del siglo XX, José Vasconcelos y Alfonso Reyes, quienes refutan los alcances del positivismo, revelándolo como una ciencia dogmática.

Será el positivismo, esta ciencia de lo tangible, la raíz del pensamiento de Durkheim (2020), plasmado principalmente en *Las reglas del método sociológico* y publicado

originalmente en 1895.² Desde principios del siglo xx, la cultura como objeto de estudio evoluciona hacia concepciones más complejas derivadas de las teorías sociológicas, antropológicas y humanísticas producidas en los diversos frentes disciplinarios (como la perspectiva antipositivista de Max Weber y su sociología de la religión) y a la luz de las grandes transformaciones sociales: industrialización, proletarización, migración, urbanización, descristianización, movimientos sociales y campesinos, revoluciones, guerras, expansión de las tecnologías y los medios de comunicación.

De aquí abrevan las vertientes académicas que en el futuro definirán los temas, los enfoques y los recursos teórico-metodológicos para la investigación y análisis de los fenómenos culturales. Tanto las aportaciones a la sociología urbana que realizó la Escuela de Chicago desde los inicios del siglo xx, donde sobresalen los trabajos de George Herbert Mead, Robert Ezra Park, Herbert Blumer y posteriormente Erving Goffman, quienes incorporan además la dimensión comunicativa al análisis microsocial,³ así como las significativas contribuciones de la Escuela de Frankfurt representada por Theodor Adorno, Max Horkheimer, Herbert Marcuse y Walter Benjamin, principalmente, que recuperan las premisas del marxismo, el psicoanálisis y las ciencias del lenguaje en el análisis de la industria cultural, así como los escritos de Antonio Gramsci, Margaret Mead y más tarde de Clifford Geertz, Michel Foucault, Pierre Bourdieu, Anthony Giddens y Jeffrey C. Alexander, entre otros, constituyeron las bases para los estudios actuales sobre las identidades y las subjetividades, los imaginarios y las dimensiones simbólicas del poder desde perspectivas holísticas e integradoras.

Particularmente, en 1964 se funda el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (Center for Contemporary Cultural Studies) en la Universidad de Birmingham, Inglaterra. Se trata de un ambicioso proyecto, situado en los límites de las tradiciones socioantropológicas y psicológicas del siglo xx, que propone nuevas formas de observación de los fenómenos culturales a través de enfoques más interdisciplinarios. En *Birmingham*, la comprensión de lo social incorpora el estudio de los medios masivos de comunicación (como se denominaban entonces) y sus diversas articulaciones con las culturas populares. De modo que los trabajos de Richard Hoggart, Edward P. Thompson, Raymond Williams, Stuart Hall, David Morley y Simon Frith, entre otros creadores y herederos de aquel proyecto, constituyen un precedente fundamental en las agendas académicas alrededor del mundo. De igual forma, la vertiente estadounidense de esta *postdisciplina* encabezada por Lawrence Grossberg, Fredric Jameson, Donna Haraway, George Yúdice y otros, sigue presente en los debates sobre las ideologías y los imaginarios sociales, las culturas urbanas, el consumo mediático y las diversas expresiones de la modernidad.

² Para una revisión de las contribuciones del pensamiento de Durkheim a los Estudios Culturales, véase Alexander (1988).

³ Un balance crítico sobre esta corriente podemos encontrarlo en el apartado de Hans Joas, titulado "Interaccionismo simbólico", en Giddens (1991).

De hecho, debemos precisar que los estudios académicos de la cultura son relativamente recientes en las ciencias sociales y en las humanidades, y no siempre ocuparon sitios de relevancia en el debate intelectual latinoamericano impregnado tanto teórica como metodológicamente de los enfoques economicistas y demográficos. Surgieron, efectivamente, a partir de un agotamiento de los paradigmas cognitivos tradicionales, imposibilitados para comprender los fenómenos emergentes de las sociedades contemporáneas. Crisis, cambio, diversidad e incertidumbre son algunas de las categorías que se escapan a los dominios de un conocimiento fragmentado y sin vocación dialógica. Como lo establece Moraña (2021):

El economicismo que había dominado la interpretación de lo social durante el siglo xx va siendo desplazado por una centralización de la cultura que busca en los procesos de formación de subjetividades colectivas, en las relaciones interculturales y en la modificación de la cultura política claves para la comprensión del cambio social (p.167).

Los estudios culturales emergen en los intersticios disciplinarios y avanzan, no sin reclamos gremiales y tensiones epistémicas, hacia perspectivas posdisciplinarias. Se instituyen desde la segunda mitad del siglo xx bajo la premisa fundamental de que existen distintas concepciones y formas de construcción de lo que llamamos ciencias sociales y humanidades. Ya lejanos de la prosa decimonónica, dichos estudios colocan en el centro del análisis las relaciones entre la cultura como espacio de conflicto, el poder como dimensión social e histórica y la transdisciplinariedad como condición autorreferencial. Su estatus científico se debate, por una parte, entre los sistemas de validación que exigen un discurso controlado y fundamentado mediante el uso de conceptos, categorías, modelos de análisis y estrategias de investigación empírica (que exigen además cierto grado de autonomía intelectual) y, por otra, el reconocimiento de la implicación del analista en la formulación de problemas y en la construcción de objetos de conocimiento, la afirmación de la metáfora como recurso cognitivo y el quehacer investigativo como una forma de acción política aunque no necesariamente militante. Así lo explica Reguillo (2004):

[...] los “estudios culturales” emergen en un momento de acumulación de tensiones, como una forma de hacerse cargo más que de las estructuras departamentales de una realidad que se desborda y no es posible contener desde los límites planteados por las disciplinas. Entonces, tenemos una primera claridad: los estudios culturales emergen como respuesta al proceso de disciplinarización (y disciplinamiento) del saber. “Nacen” marcados entonces por un fuerte componente político, que inmediatamente los sitúa en el territorio de “la sospecha” y del rechazo de aquellos que detentan el poder académico fundado en la compartimentación del saber (p. 3).

No se trata de un cuestionamiento a las disciplinas, sino principalmente a la *disciplinización* del conocimiento. Si bien, los estudios culturales trabajan con paradigmas, modelos y léxicos avalados en las ciencias sociales y en las humanidades, apelan también a la reformulación del quehacer académico, a la creatividad metodológica y a la adaptabilidad de los lenguajes como respuesta al anquilosamiento del discurso científico. Son empíricos, en efecto (y de ahí su distancia del canon filosófico), pero incorporan en la construcción de los objetos de estudio aquellas dimensiones centrales de la vida social: lo estructural (las condiciones de posibilidad), lo histórico (que remite a la temporalidad y sus procesos), lo situacional (aquello que *acontece* y que atañe principalmente a la fenomenología y la etnografía) y lo simbólico (la trama de los sentidos y los significados). Los estudios culturales nos adentran, por lo tanto, en el contexto y en el texto, en la discusión teórica y en las formas de construcción del dato, en los sistemas de pensamiento y en la experiencia vital del sujeto. Bajo este horizonte siempre móvil, y después de un vasto recorrido por la historia del pensamiento social (un pensamiento *sin garantías*), John B. Thompson nos ofrece una definición integradora del objeto cultura, capaz de generar diversos recursos cognitivos. Dicha concepción estructural (no estructuralista) enfatiza la relación entre lo simbólico y lo contextual. De este modo, dice Thompson (1998),

[...] los fenómenos culturales pueden entenderse como formas simbólicas en contextos estructurados; y el análisis cultural puede interpretarse como el estudio de la constitución significativa y de la contextualización social de las formas simbólicas (p. 185).

¿Es posible, a partir de aquí, establecer algunos ejes para comprender las conformaciones y rumbos de los estudios culturales en la actualidad? Ante la diversidad de temas, objetos de estudio y condiciones de investigación, esta parece una empresa casi imposible. Por lo pronto, podemos afirmar que, fieles a su matriz hermenéutica, esencialmente comparten un corpus de problemas y preguntas alrededor del poder y lo simbólico: trabajan con los discursos, las mediaciones, las representaciones y las prácticas sociales. Se nutren, entre otras fuentes, del posestructuralismo y el constructivismo francés, de la sociología crítica y reflexiva, de la antropología cultural, de la comunicología, de la semiótica y otras ciencias del lenguaje, de la psicología social (principalmente de la vertiente de los estudios sobre las representaciones sociales), de las teorías y los enfoques posmodernos, poscoloniales, feministas y de género.

En su vertiente posmoderna, indagan sobre lo instituyente, las subversiones, las resistencias, la creatividad, el silencio, la simulación, lo marginal, lo lúdico, las socialidades y lo emergente. A estos andamiajes se suman hoy los estudios sobre las culturas sociodigitales, las performatividades y las ritualidades contemporáneas, las imágenes y sus anclajes, las políticas de la memoria y el olvido, la

discriminación y las violencias estructurales, la diversidad y las nuevas agendas ciudadanas, las emociones y los sentimientos como dispositivos de estructuración, el cuerpo (sus narrativas y metáforas), las culturas urbanas y las estéticas sociales. Todo ello desde una percepción de la cultura entendida como un sistema simbólico complejo donde confluyen la historia, los contextos y las agencias. Moraña (2021) nos complementa así:

Como estrategia articulada de producción y reproducción del saber, los estudios culturales detectan y tematizan la transformación de subjetividades colectivas, el vaciamiento progresivo del Estado, el proceso de aceleración y simultaneidad auspiciado por la revolución digital, la desaparición del proletariado como agente de cambio político y la presencia de la diferencia cultural como la nueva forma de identidad posmoderna (p. 174).

Sin embargo, a diferencia de otros campos como la estética, la comunicación o la semiótica, tradicionalmente en búsqueda de una legitimidad *territorial*, los estudios culturales no aspiran a constituirse como disciplina, ni pretenden suplantar o desplazar a algún dominio o espacio de conocimiento institucionalizado. Se proponen, en cambio, situarse como una *plataforma* inter, trans y posdisciplinaria para la producción de un tipo de pensamiento complejo que busca comprender, frente al reduccionismo, los procesos y fenómenos emergentes asociados principalmente a las diversas crisis y reconfiguraciones de lo contemporáneo.

Desde hace cuatro décadas, dichas convergencias están plasmadas en el trabajo intelectual que se realiza en Latinoamérica. Este es el legado de autores como Gilberto Giménez, Jesús Martín-Barbero, Guillermo Bonfil Batalla, Carlos Monsiváis, Néstor García Canclini, Beatriz Sarlo, Roger Bartra, Marta Lamas, Mabel Moraña, Gonzalo Portocarrero, Nelly Richard, Sarah Corona, Genaro Zalpa, Renato Ortiz, Daniel Mato, Jorge A. González, Eduardo Nivón, Jesús Galindo Cáceres, Rosanna Reguillo, José Manuel Valenzuela, Norma Iglesias y otros autores más recientes como Frida Gorbach, Eduardo Restrepo, Alejandro Grimson, Mario Rufer, Alfredo Nateras, Zeyda Rodríguez, Karla Covarrubias, Ana Uribe, Rebeca Padilla, Salvador de León y Hugo Méndez Fierros.

Los estudios culturales latinoamericanos

En Latinoamérica, la *institucionalización* de los estudios culturales, en marcha desde mediados de la década de los ochenta a través de la conformación de departamentos y centros de investigación, líneas de conocimiento, posgrados, publicaciones y agendas académicas, tiene correspondencia con los *tiempos* que vive cada nación y particularmente con la configuración regional de los saberes. Pero también se comparten en el escenario continental ciertas condiciones estructurales y procesos sociohistóricos

a manera de vasos comunicantes: el debilitamiento del Estado-nación, el agotamiento de los frentes políticos de antaño, la insuficiencia de las democracias electorales, la aparición de nuevos actores y proyectos ciudadanos, el enraizamiento del necropoder y otras culturas de la muerte, las crisis económicas y las metamorfosis del mercado, el advenimiento de las nuevas ecologías mediáticas y sus narrativas emergentes en lucha constante por las concepciones de la realidad, entre otros fenómenos, rebasan pronto las competencias de las instituciones científicas tradicionales. En consecuencia, los analistas y sus objetos de estudio se trasladan hacia los *bordes* de ciertos campos disciplinarios, a los que no necesariamente desean renunciar. Por supuesto, estas *migraciones* académicas confirman a las diversas disciplinas como espacios de disputa y control. Ortiz (2004), por ejemplo, sostiene que los estudios culturales brasileños poseen cierta ascendencia comunicológica:

En lo que concierne al Brasil, me parece que la penetración de los estudios culturales se lleva a cabo por los márgenes, es decir, para usar una expresión de Bourdieu, en la periferia del campo jerarquizado de las ciencias sociales, particularmente en las escuelas de comunicación (lo que demuestra por cierto el conservadurismo de disciplinas como la sociología, la antropología, la literatura). Sin embargo, ninguna de ellas se propone modificar su estatuto institucional. Se leen los textos, se cultivan autores, sin que el concepto de “comunicación”, como área específica de conocimiento o, si se requiere, de agregación de intereses, se vea amenazado (p. 193-194).

En otros frentes latinoamericanos, el linaje comunicativo de los estudios culturales se entrelaza con los intereses de la antropología urbana, la sociología de la cultura, los estudios de cultura política y la historia cultural, principalmente. En el caso mexicano, particularmente, Rufer (2016) reconoce distintas genealogías y modos de abordar la cultura como problema de investigación:

Para algunos autores, los estudios culturales empiezan en este país con el giro antropológico hacia las culturas populares desde el abandono del paradigma indigenista (abandono muy dudoso, como veremos). Para otros, nacen no en lógicas disciplinares sino en *escrituras* paralelas: en el ensayo que discute con fuerza el problema identitario (Octavio Paz, Roger Bartra); o en la crónica al estilo de Carlos Monsiváis, con una voluntad de “querer saber” sobre un otro nunca narrado (el pueblo, el “pelado”). Otra fuerte corriente ubicaba en el debate comunicación/cultura ese “momento de gestación” de los estudios culturales mexicanos: la aparición de la cultura de masas y sus mediaciones en la construcción de significación y subjetividades. Finalmente, algunos pensadores entienden que es en la antropología y la sociología urbana recientes donde hay que cargar las tintas en la apertura del campo.

De modo que el escenario es complejo, pero no indeterminado. En todas estas geografías, las formas de entender el mundo social se construyen principalmente desde los paradigmas hermenéuticos, los enfoques constructivistas y las teorías del conflicto, ya plenamente distanciadas del positivismo en su apuesta por el consenso. La hermenéutica definida como una ciencia interpretativa en busca de significados, el constructivismo como una visión del mundo donde no hay esencias ni significados *ingénitos* o *intrínsecos*, sino una *génesis social* de la realidad, y las teorías del conflicto que entrevén las socialidades como relaciones de poder, se suman a la implementación de los métodos cualitativos (observación, entrevista, análisis del discurso y hasta intervención) como las principales formas de producción y autogestión de conocimiento en este ámbito. Los estudios culturales latinoamericanos son, por lo tanto, críticos y antihegemónicos. Son críticos en la medida que buscan desnaturalizar, desesencializar y deconstruir los fenómenos sociales. Y son antihegemónicos cuando trabajan a partir del pensamiento decolonial, desde los *márgenes* y la *diferencia*. Esto es, cuando cuestionan la racionalidad que justifica el orden establecido, al tiempo que examinan y exponen las violencias estructurales y los procesos de exclusión. Las obras de Aníbal Quijano, Enrique Dussel y Walter D Mignolo, entre otros autores, han colocado esta problemática fundamental en las agendas de distintas universidades del continente durante las últimas décadas.

Estas son algunas características que apartan a los estudios culturales de aquellas perspectivas comunicacionales vinculadas con el mercado y las instituciones: los estudios de audiencias y consumo mediático con fines publicitarios o comerciales, el diseño de encuestas electorales y campañas políticas, o los diagnósticos de la comunicación organizacional y las estrategias de imagen personal o corporativa. En un escenario globalizado en el que prevalece la idea de que las ciencias sociales deben producir datos, interpretarlos y convertirlos en programas para la gestión institucional del cambio social, se contrapone la visión de que su propósito esencial es ofrecer herramientas críticas a las personas para que se organicen y definan colectivamente sus propias estrategias encaminadas a la inclusión y la justicia.

Se trata de una forma de producción de conocimiento, entendida como que-hacer político, que considera que las ciencias sociales deben acompañar las experiencias y las luchas de la gente mediante el testimonio, la reflexión y la *visibilización* de los otros. Por una parte, entonces, tenemos una ciencia cuyo objetivo es atender las necesidades del mercado y las instituciones, y por otra, una que aspira a proveer de racionalidad crítica al sistema social (el mercado no tiene conciencia). Exigirle a la sociología que sirva para algo, dice Bourdieu (2002) al respecto, *es una forma de pedirle que esté al servicio del poder*. Giddens (1999), resume así estas dos posturas:

Una es que la sociología suministra información sobre la vida social que puede proporcionarnos una forma de control sobre las instituciones sociales similar a la que la física proporciona en el reino de la naturaleza. Se cree que el conocimiento sociológico va asociado a la relación instrumental del mundo social al que se refiere y que tal conocimiento puede aplicarse de manera tecnológica para intervenir en la vida social. Otros autores, incluyendo a Marx (o, al menos, el Marx de ciertas interpretaciones), toman una postura diferente. Para ellos, la clave está en la idea de “utilizar la historia para hacer historia”, es decir, que los resultados de la ciencia social no pueden ser aplicados sobre una materia inerte, sino que han de filtrarse a través de la autocomprensión de los agentes sociales (p. 27).

Marcados por la necesidad del dialogo interdisciplinario, los estudios culturales buscan comprender e incidir en el orden social mediante la interpelación de las formaciones discursivas dominantes. Su propósito es aportar reflexividad en las agendas sociales e influir en sus dinámicas y trayectos. En consecuencia, son políticos; pero no partidistas, ni doctrinarios. En otras palabras, no pretenden constituirse como un lugar donde se ejerce el poder, sino donde este se piensa. Evocando a Foucault (2009), están más cercanos a la *voluntad de saber* que a la *voluntad de verdad*. Para ello, reconocen la implicación del analista y la fragilidad del dato, como lo puntualiza Moraña (2021):

Como es sabido, en el campo de los estudios culturales se analiza de manera insistente el lugar de enunciación de los discursos, entendiendo lugar como ubicación geocultural o institucional, pero también como posicionamiento ideológico. En efecto, tales localizaciones –materiales o simbólicas– influyen de manera indudable sobre la perspectiva analítica, las opciones temáticas, los recursos investigativos y las formas discursivas a partir de las cuales se estudia lo social (p. 173).

¿Cuáles son los desafíos que enfrentan actualmente los estudios culturales en el contexto de las universidades latinoamericanas? Ya desde fines de los años noventa; Canclini (1997) expresaba su preocupación por lo que él llamaba *estanflación*: una mezcla de estancamiento e inflación asociada a la multiplicación de escritos académicos de dudosa calidad. De acuerdo con Reguillo (2004):

[...] al calor del boom de los estudios culturales, muchos de los trabajos producidos, principalmente a principios de los años noventa, han carecido de rigor y de investigación empírica. Que no hay que confundir nunca con rigidez y empirismo, problema que sigue estando presente en las disciplinas más tradicionales de las ciencias sociales (pp. 5-6).

A este panorama podemos agregar las siguientes problemáticas, que expondremos de manera breve: el escaso interés por el debate epistemológico, el creciente *empirismo*, la poca historicidad en los estudios de lo simbólico,⁴ el desdén generalizado por la dimensión económica, la frecuente ausencia de la categoría de clase y la *sobreideologización*. Avancemos entonces. Por una parte, observamos el notable adelgazamiento teórico y epistemológico que prevalece tanto en las publicaciones académicas acreditadas como en los trabajos terminales de los estudiantes de posgrado, así como en las ponencias y conferencias presentadas en congresos y seminarios.

De acuerdo con Jean-François Lyotard (1985), la posmodernidad afronta un alejamiento de las tentativas de fundamentar epistemología, es decir, filosofía del conocimiento. Asistimos, desde su óptica, a una pluralidad de pretensiones cognitivas, informativas y comunicacionales donde las ciencias sociales y las humanidades no poseen un sitio relevante. Parece una paradoja: si la modernidad es profunda e intrínsecamente sociológica (Giddens, 1999), el debate sociocientífico y humanístico no está en el centro de las instituciones modernas. Al respecto, Haraway (1995) sostiene que la "autorización trascendente de interpretación se ha perdido y, con ella, la base ontológica de la epistemología occidental" (p. 260).

Sumamos a lo anterior el problema del *empirismo*, que podemos asumir como la forma no problematizada de generación de conocimiento que reduce el quehacer investigativo a un simple reporte de datos. Esta es una característica que permea no solo a los estudios culturales latinoamericanos, sino a gran parte de las ciencias sociales en la actualidad. Consiste en una postura en la que el riesgo intelectual y ético de la interpretación queda conjurado ante la aparente seguridad del informe técnico. Esto no solo tiene que ver con las exigencias del desempeño académico en las universidades públicas, cada vez más empresariales. Es un hecho que, en la sociedad de la información, el dato posee un valor de mercado superior a la interpretación de segundo orden, que J.B. Thompson denomina *hermenéutica profunda*. Sin embargo, la investigación empírica entendida como quehacer, nos recuerda que toda la producción de conocimiento es una labor socialmente *situada*, donde interviene la implicación del observador. Como lo establecen Jesús Martín-Barbero y Corona (2017):

Toda metodología depende de sus reglas de producción de verdad que a su vez gobiernan la relación entre la evidencia empírica y la construcción del conocimiento. De esta manera, toda metodología tiene consecuencias políticas, epistemológicas y prácticas. En los tres planos hay discursos de validación del conocimiento y trampas que construyen su hegemonía (p. 136).

⁴ Véase el interesante trabajo de Gorbach (2020).

Por otro lado, también resulta evidente la ausencia del factor histórico en diversos análisis de la cultura, entendida como *materia* compleja. Ciertamente, debemos construir con rigor la experiencia del otro mediante métodos *acreditados*. Pero la *inmediatez* de ciertos ejercicios aislados (la etnografía, la entrevista, el análisis del discurso) en ocasiones poco abona a la comprensión de los procesos socioculturales que, como sabemos, se gestan a largo plazo. También es necesario pensar en y con la temporalidad de lo social. No se trata de elaborar tratados de historia en cada proyecto, sino de incorporar la dimensión temporal en los problemas de investigación. De igual forma, tampoco se trata de incorporar a los estudios de la cultura el arsenal numérico de los economistas, sino de pensar las identidades y sus relaciones (de ida y vuelta) con las conformaciones actuales del capitalismo. Por ejemplo, comprender las articulaciones entre los procesos simbólicos e identitarios y la evolución de las industrias creativas y sus mercados.⁵

Otro dilema que enfrenta la producción de saberes en nuestro campo es la ausencia de la clase social como categoría de análisis. En las tesis de posgrado, principalmente, se olvida con frecuencia una premisa fundamental de los enfoques estructurales: no existen los sujetos sin espacios. Si bien en la década de los setenta, por influjo del marxismo, la clase era la variable dominante en los estudios sociales latinoamericanos, al parecer hoy está casi ausente en nuestras preguntas de investigación. Por último, observamos que en ocasiones resulta difícil escapar a la *sobreideologización* del análisis cultural, sobre todo cuando los problemas de investigación se formulan desde el activismo y las experiencias militantes. No se trata de caer en la ingenuidad de la neutralidad *científica*, ya superada, sino de repensar el valor de la autonomía intelectual y del pensamiento crítico frente a las agendas sociales. Un tema muy poco discutido en los textos académicos, en los congresos y en las mesas de análisis actualmente.⁶

En cuanto a la *institucionalización* de los estudios culturales en Latinoamérica, el escenario tiende a diversificarse de acuerdo con la organización y jerarquización de los centros universitarios en cada región del continente. También intervienen aquí los procesos de apertura y cierre de los núcleos disciplinarios, además del establecimiento de agendas nacionales y problemáticas sociales que inciden en el desarrollo de las líneas de generación de conocimiento. El panorama es vasto y se mueve. No obstante, nos referimos, a manera de postal, a algunos centros académicos, grupos de trabajo y posgrados en estudios culturales (o con terminales

⁵ Para una aproximación a la economía de la producción simbólica véase el trabajo de Piedras y García (2004) y García y Piedras (2006).

⁶ Para un examen crítico de los estudios culturales y sus anclajes latinoamericanos en los límites del siglo, recomendamos los trabajos de García (1997), Grüner (2002) y Follari (2002).

en dicha materia) como el Instituto de Investigaciones Culturales-Museo de la Universidad Autónoma de Baja California, el Departamento de Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte, el Programa Cultura de la Universidad de Colima, el Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara, el Departamento de Estudios Socioculturales del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente ITESO, el Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación de la Universidad Veracruzana, la Universidad de las Américas Puebla, la Universidad de Guanajuato y la Universidad Autónoma de Aguascalientes en México; el Departamento de Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Javeriana y el Centro de Estudios Culturales de la Universidad de Los Andes en Colombia; la Escuela de Artes, Ciencias y Humanidades de la Universidad de Sao Paulo en Brasil; la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Tres de Febrero en Argentina; la Universidad Católica de Perú o la Universidad Andina Simón Bolívar en Ecuador. Todos estos espacios desarrollan proyectos de investigación y ofrecen programas educativos relacionados con los estudios culturales.

Somos testigos también de un catálogo de revistas que visibilizan la productividad del campo: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* de la Universidad de Colima, *Comunicación y Sociedad* de la Universidad de Guadalajara y *Culturales* de la Universidad Autónoma de Baja California; *Lua Nova (Luna Nueva)* del Centro de Estudios de Cultura Contemporánea y la *Revista de Estudos Culturais* de la Universidad de Sao Paulo; *Estudios Culturales* de la Universidad Arturo Prat de Chile, los *Cuadernos* de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy en Argentina, *Intervenciones en Estudios Culturales* de la Pontificia Universidad Javeriana y *Bordes: Revista de Estudios Culturales* de la Universidad de Los Andes, por citar solo algunas. Así como de obras fundamentales de los siguientes autores para examinar la historia y problematizar el estado actual de los estudios culturales latinoamericanos: Reguillo y Fuentes (1999), Valenzuela (2003), Szurmuk y Mckee (2010), Richard (2010), Restrepo (2012) y León (2022), entre otros.

Para terminar

Lejos de abarcar la complejidad total de nuestro tema, abordamos aquí algunos rasgos que identifican hoy a los estudios culturales latinoamericanos. Más que un modelo para armar (siguiendo la ruta cortazariana), las configuraciones actuales de este campo nos obligan a pensar la realidad desde la consunción de las fronteras disciplinarias o, para ser más enfáticos, a partir de un sistema de saberes en franca deconstrucción. En síntesis, podemos afirmar que los estudios culturales surgen como respuesta a una crisis del sistema de generación de conocimiento en las ciencias sociales y las humanidades, al tiempo que no pretenden establecerse

como disciplina, sino como espacio para la formulación de preguntas y problemas de investigación que no se atienden desde otros frentes académicos tradicionales. Son esencialmente hermenéuticos, o sea, ponderan el papel de la interpretación y el análisis, sobre los enfoques normativos o descriptivos. Son críticos y autorreferenciales. Analizan los fenómenos socioculturales desde la complejidad, que podemos asumir como la determinación de relaciones no lineales (o causales) de interdefinibilidad, de las que emergen además niveles existenciales dotados de nuevas propiedades y relaciones generadoras. Asimismo, estudian los fenómenos de producción simbólica como elaboraciones sociohistóricas complejas y, a la vez, son empíricos, producen saberes con y desde la experiencia del otro: escuchan, observan, registran y analizan. Por esta razón, su sistema incluye el cero de los silencios como presencias potenciales no realizadas, y los valores negativos que dan cuenta de lo imposible pero pensable.

Frente a las concepciones jerárquicas de *lo científico*, producidas a partir de los dominios de la física, las matemáticas y las ciencias naturales, los estudios culturales nos revelan mediante las enseñanzas de la hermenéutica y el constructivismo que existen diversas formas de producir *cientificidad*. Por otra parte, fijan su atención en las complejas articulaciones entre subjetividad, poder y cultura. En otros términos, nos recuerdan que la cultura y el poder son dimensiones que se instituyen a través de imbricados procesos de socialización. Por último, los estudios culturales reconocen desde las mejores tradiciones socioantropológicas y humanísticas, la implicación ineludible del analista con su objeto de estudio y la fragilidad epistemológica del dato (*el punto de vista crea el objeto*, recordando a Saussure). Moraña (2021) lo resume de la siguiente forma:

Sus principales logros incluirían la crítica profunda del proyecto ilustrado y de la modernidad, el desmontaje –al menos parcial– del gran relato de la globalización, la recentralización de la cultura como registro simbólico del conflicto social, los cambios del sistema educativo, el surgimiento del mercado cultural, la modificación de la función intelectual y las dinámicas interculturales (p. 186).

En este trazado, la función política de los estudios culturales consiste en desesencializar, desnaturalizar y deconstruir la producción social e histórica del sentido, así como en ver detrás del orden establecido las rutas trazadas por los mandatos. Nos recuerdan, a manera de desafío ético e ideológico, que las ciencias sociales quedan inscritas e incluso sujetas a las mismas relaciones de poder que estudian: claves fundamentales para la reflexividad y el pensamiento crítico.

Contribución específica del autor:

Conceptualización, selección de datos, análisis, investigación, metodología, visualización, redacción, revisión y edición: FV y JB

Declaración responsable de uso de la Inteligencia Artificial (IA):

No se usó Inteligencia Artificial (IA).

Conflicto de interés:

No existe ningún conflicto de interés.

Referencias bibliográficas

- Alexander, J. (Ed.) (1988). *Durkheimian Sociology: Cultural Studies*. Cambridge University Press.
- Bourdieu, P. (2002). *Lección sobre la lección*. Anagrama.
- De León, S. (Coord.) (2022). *La trama expuesta. Contextos y análisis de objetos socio-culturales*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- De Montaigne, M. (2011). *Ensayos completos*. Porrúa.
- Durkheim, E. (2000). *Las reglas del método sociológico*. Ediciones Quinto Sol.
- Echeverría, B. (2018). *Las ilusiones de la modernidad*. Era.
- Escudero, Á. (1936). *El duelo en México. Recopilación de los desafíos habidos en nuestra república, precedidos de la historia de la esgrima en México y de los duelos más famosos verificados en el mundo desde los juicios de Dios hasta nuestros días*. Imprenta Mundial.
- Follari, R. (2002) *Teorías débiles: para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales*. Homo Sapiens.
- Foucault, M. (2009). *El orden del discurso*. Tusquets.
- García, N. (1997). El malestar en los estudios culturales. *Fractal*, 2(6), 45-60, julio-septiembre, año 2. <http://www.fractal.com.mx/F6cancli.html>
- García, N. y Piedras, E. (2006). *Las industrias culturales y el desarrollo de México*. Siglo XXI.
- Giddens, A. (1991). *La teoría social, hoy*. Conaculta/ Alianza Editorial.
- Giddens, A. (1999). *Consecuencias de la modernidad*. Alianza Editorial.
- Gorbach, F. (2020). Breves reflexiones en torno a la historia y los estudios culturales. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 88, 19-41. <http://revistaiztapalapa.izt.uam.mx/index.php/izt/issue/archive>
- Grüner, E. (2002). *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Paidós.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Liotard, Jean-Francois. (1985). *The Post Modern Condition*. University of Minnesota Press.
- Martín-Barbero, J. y Corona, S. (2017). *Ver con los otros. Comunicación intercultural*. FCE.
- Moraña, M. (2021). El giro de los estudios culturales: epistemología, política, apropiaciones y debates, en J. Pobleto (Ed.). *Nuevos acercamientos a los estudios latino-americanos: cultura y poder*. CLACSO / UNAM.

- Ortiz, R. (2004). *Taquigrafiando lo social*. Siglo XXI.
- Piedras, E. y García, N. (2004). ¿Cuánto vale la cultura? Contribución económica de las industrias protegidas por el derecho de autor en México. Conaculta.
- Reguillo, R. (2004). *Los estudios culturales. El mapa incómodo de un relato inconcluso*. http://www.portalcomunicacion.com/cat/pdf/aab_lec/reguillo.pdf
- Reguillo, R. y Fuentes, R. (Coord.) (1999). *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*. ITESO.
- Restrepo, E. (2012). *Antropología y estudios culturales. Disputas y confluencias desde la periferia*. Siglo XXI.
- Richard, N. (Ed.) (2010). *En torno a los estudios culturales. Localidades, trayectorias y disputas*. ARCIS / CLACSO.
- Rodó, J. (1947). *Ariel*. Colombino Hnos. Editores.
- Rufer, M. (2016). Estudios culturales en México: notas para una genealogía desobediente. *Estudios Culturales*, 2(3), 47-87.
- Szurmuk, M. y Mckee, R. (2010). *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. Siglo XXI / Instituto Mora.
- Thompson, J. (1998). *Ideología y cultura moderna*. UAM-X.
- Valenzuela, J. (Coord.) (2003). *Los estudios culturales en México*. FCE.

FERNANDO VIZCARRA

Mexicano. Comunicólogo. Doctor en Sociología por la Universidad de Zaragoza. Investigador del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, de la Universidad Autónoma de Baja California. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores e Investigadoras, nivel III. Líneas de investigación: estudios culturales, cine, comunicación. Últimas publicaciones: coautor de "Culturas de pantalla. Reflexiones sobre la nueva ecología mediática" (2023) y autor de "La producción escrita sobre comunicación y sociedad en Baja California, 2000- 2019. Hallazgos y conjeturas" (2021).

JESÚS BECERRA VILLEGAS

Mexicano. Comunicólogo. Investigador de la Unidad Académica de Ciencia Política, de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores e Investigadoras, nivel II. Líneas de investigación: comunicación, cultura, música. Últimas publicaciones: autor de "Equidad y financiamiento en universidades públicas mexicanas" (2024) y coautor de "El corrido de la Cristiada en Zacatecas y el norte de Jalisco" (2023).